



# La Santa Sede

---

## XV JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

### FIESTA DE ACOGIDA DE LOS JÓVENES EN LA PLAZA DE SAN PEDRO

#### *DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II*

*Martes 15 de agosto de 2000*

Queridos jóvenes y muchachas de la XV Jornada Mundial de la Juventud, queridos hermanos en el sacerdocio, religiosos, religiosas y educadores que los acompañáis: ¡Bienvenidos a Roma!

Agradezco al Cardenal James Francis Stafford las amables palabras que me ha dirigido. Con él saludo al Cardenal Camillo Ruini, a los demás Cardenales, Arzobispos y Obispos aquí presentes. Así mismo, doy las gracias a los dos jóvenes que han expresado elocuentemente los sentimientos de todos vosotros, queridos amigos congregados aquí desde tantas partes del mundo.

Os acojo con gozo, después de haber estado delante de la Basílica de San Juan de Letrán, la Catedral de Roma, para saludar a los jóvenes romanos e italianos. Ellos se unen a mí para daros su más fraterna y cordial bienvenida.

Vuestros rostros me recuerdan, y en cierto modo me hacen presente, a las jóvenes generaciones con las que he tenido la gracia de encontrarme en estos años de final de milenio a lo largo de mis viajes apostólicos por el mundo. A cada uno os digo: ¡La paz esté contigo!

La paz esté contigo, joven que vienes de África:

de Argelia,

de Angola,

de Benin,

de Burkina Faso,

de Burundi,

de Camerún,  
de Cabo Verde,  
del Chad,  
del Congo,  
de Costa de Marfil,  
de Egipto,  
de Eritrea,  
de Gabón,  
de Gambia,  
de Ghana,  
de la República de Guinea,  
de Jibuti,  
de Guinea Bissau,  
de Kenya,  
de las Islas Comores,  
de las Islas Mauricio,  
de Lesotho,  
de Liberia,  
de Libia,  
de Madagascar,  
de Malawi,  
de Mali,  
de Marruecos,  
de Mozambique,  
de Namibia,  
de Nigeria,  
de la República Centroafricana,  
de la República Democrática del Congo,  
de Ruanda,  
del Senegal,  
de las Islas Seychelles,  
de Sierra Leona,  
de Sudáfrica,  
de Sudán,  
de Suazilandia,  
de Tanzania,  
de Togo,  
de Uganda,  
de Zambia,  
de Zimbabue.

La paz esté contigo, joven que vienes de América:  
de las Antillas,  
de Argentina,  
de las Bahamas,  
de Belice,  
de Bolivia,  
de Brasil,  
de Canadá,  
de Chile,  
de Colombia,  
de Costa Rica,  
de Cuba,  
del Ecuador,  
de El Salvador,  
de Guatemala,  
de Haití,  
de Honduras,  
de México,  
de Nicaragua,  
de Panamá,  
del Paraguay,  
de Perú,  
de Puerto Rico,  
de la República Dominicana,  
de Santa Lucía,  
de San Vicente,  
de los Estados Unidos,  
de Surinam,  
del Uruguay,  
de Venezuela.

La paz esté contigo, joven que vienes de Asia:  
de Arabia Saudita,  
de Armenia,  
de Bahrein,  
de Bangladesh,  
de Camboya,  
de Corea del Sur,  
de los Emiratos Árabes Unidos  
de Filipinas,  
de Georgia,

de Japón,  
de Jordania,  
de Hong Kong,  
de la India,  
de Indonesia,  
de Irak,  
de Israel,  
de Kazakistán,  
de Kirguizistán,  
de Laos,  
del Líbano,  
de Macao,  
de Malasia,  
de Mongolia,  
de Myanmar,  
del Nepal,  
de Omán,  
de Pakistán,  
del Katar,  
de Singapur,  
de Siria,  
de Sri Lanka,  
de Taiwán,  
de los Territorios Palestinos,  
de Tailandia,  
de Timor Este,  
de Turkmenistán,  
de Uzbekistán  
y de Vietnam.

La paz esté contigo, joven que vienes de Europa:

de Albania,  
de Austria,  
de Bélgica,  
de Bielorrusia,  
de Bosnia-Herzegovina,  
de Bulgaria,  
de Chipre,  
de Croacia,  
de Dinamarca,  
de Alemania,

de Inglaterra,  
de España,  
de Estonia,  
de Finlandia,  
de Francia,  
de Grecia,  
de Irlanda,  
de Italia,  
de Letonia,  
de Liechtenstein,  
de Lituania,  
de Luxemburgo,  
de Macedonia,  
de Malta,  
de Moldavia,  
de los Países Bajos,  
de Noruega,  
de Polonia,  
de Portugal,  
del Principado de Mónaco,  
de la República Checa,  
de la República de San Marino,  
de Rumanía,  
de Rusia,  
de Escocia,  
de Eslovaquia,  
de Eslovenia,  
de Suiza,  
de Suecia,  
de Turquía,  
de Ucrania,  
de Hungría,  
de Yugoslavia.

La paz esté contigo, joven que vienes de Oceanía:

de Australia,  
de Guam,  
de Nueva Zelanda,  
de Papúa Nueva Guinea.

Saludo con particular afecto al grupo de jóvenes provenientes de los Países donde el odio, la

violencia o la guerra todavía siguen marcando con el sufrimiento la vida de poblaciones enteras: gracias a la solidaridad de todos vosotros ha sido posible que ellos estén aquí esta tarde. A ellos les manifiesto, también en vuestro nombre, la cercanía fraterna de nuestra asamblea; con vosotros, pido para ellos y para sus pueblos días de paz en la justicia y la libertad.

Mi pensamiento se dirige también a los jóvenes de otras Iglesias y Comunidades eclesiales que están aquí esta tarde junto con algunos de sus Pastores: ¡Que esta Jornada Mundial sea una nueva ocasión de conocimiento recíproco y de súplica común al Espíritu Santo para implorar el don de la plena unidad de todos los cristianos!

Queridos amigos de los cinco Continentes, me alegra iniciar solemnemente con vosotros esta tarde el *Jubileo de los Jóvenes*. Peregrinos tras las huellas de los Apóstoles, imitadlos en la fe.

¡Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre!

\* \* \* \* \*

1. Queridos amigos que habéis recorrido con toda clase de medios tantos y tantos kilómetros para venir aquí, a Roma, a las tumbas de los Apóstoles, dejad que empiece mi encuentro con vosotros planteándoos una pregunta: ¿Qué habéis venido a buscar? Estáis aquí para celebrar vuestro Jubileo, el Jubileo de la Iglesia joven. El vuestro no es un viaje cualquiera: Si os habéis puesto en camino no ha sido sólo por razones de diversión o de cultura. Dejad que os repita la pregunta: ¿Qué habéis venido a buscar?, o mejor, ¿a quién habéis venido a buscar?

La respuesta no puede ser más que una: ¡habéis venido a buscar a Jesucristo! A Jesucristo que, sin embargo, primero os busca a vosotros. En efecto, celebrar el Jubileo no tiene otro significado que el de celebrar y encontrar a Jesús, la Palabra que se hizo carne y vino a habitar entre nosotros.

Las palabras del Prólogo de San Juan, que acaban de ser proclamadas, son en cierto modo su "tarjeta de presentación". Nos invitan a fijar la mirada en su misterio. Estas palabras son un mensaje especial dirigido a vosotros, queridos jóvenes: "En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios" (*Jn 1,1-2*).

Al hablar de la Palabra consustancial con el Padre, de la Palabra eterna engendrada como Dios de Dios y Luz de Luz, el evangelista nos lleva al corazón de la vida divina, pero también al origen del mundo. En efecto, la Palabra está en el comienzo de toda la creación: "Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe" (*Jn 1,3*). Todo el mundo creado, antes de ser realidad, fue pensado y querido por Dios con un eterno designio de amor. Por tanto, si observamos el mundo en profundidad, dejándonos sorprender por la sabiduría y la belleza que Dios le ha infundido, podemos ya ver en él un reflejo de la Palabra que la revelación bíblica nos desvela en

plenitud en el rostro de Jesús de Nazaret. En cierto modo, la creación es una primera "revelación" de Él.

2. El anuncio del Prólogo continúa así: "En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron" (*Jn 1,4-5*). Para el evangelista la vida es la luz, y la muerte - lo opuesto a la vida - son las tinieblas. Por medio de la Palabra surgió toda vida en la tierra y en la Palabra encuentra su cumplimiento definitivo.

Identificando la vida con la luz, Juan tiene también en cuenta esa vida particular que no consiste simplemente en las funciones biológicas del organismo humano, sino que brota de la participación en la vida misma de Cristo. El evangelista dice: "La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (*Jn 1,9*). Esa iluminación le fue concedida a la humanidad en la noche de Belén, cuando la Palabra eterna del Padre asumió un cuerpo de María Virgen, se hizo hombre y nació en este mundo. Desde entonces todo hombre que mediante la fe participa en el misterio de ese acontecimiento experimenta de algún modo esa iluminación.

Cristo mismo, presentándose como luz del mundo, dirá un día: "Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz" (*Jn 12,36*). Es una exhortación que los discípulos de Cristo se transmiten de generación en generación, buscando aplicarla a la vida de cada día. Refiriéndose a esta exhortación San Pablo escribirá: "Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad (*Ef 5,8-9*).

3. El centro del Prólogo de Juan es el anuncio de que "la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros" (*Jn 1,14*). Poco antes el evangelista había dicho: "Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron, les dio poder de hacerse hijos de Dios" (*Jn 1,11-12*). Queridos jóvenes, ¿estáis vosotros entre los que han acogido a Cristo? Vuestra presencia aquí ya es una respuesta. Habéis venido a Roma, en este Jubileo de los dos mil años del nacimiento de Cristo, para acoger dentro de vosotros su fuerza de vida. Habéis venido para volver a descubrir la verdad sobre la creación y para asombraros nuevamente por la belleza y la riqueza del mundo creado. Habéis venido para renovar en vosotros la conciencia de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios.

"Y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad" (*Jn 1,14*). Un filósofo contemporáneo ha subrayado la importancia de la muerte en la vida humana, llegando a calificar al hombre como "un ser-para-la-muerte". El Evangelio, por el contrario, pone de relieve que el hombre es un ser para la vida. El hombre es llamado por Dios a participar de la vida divina. El hombre es un ser llamado a la gloria.

Estos días, que pasaréis juntos en Roma en el ámbito de la Jornada Mundial de los Jóvenes, os tienen que ayudar, a cada uno de vosotros, a ver más claramente la gloria que es propia del Hijo de Dios y a la cual hemos sido llamados en Él por el Padre. Por eso es necesario que crezca y se

consolide vuestra fe en Cristo.

4. Esta fe es la que deseo profesar ante vosotros, amigos jóvenes, ante la tumba del Apóstol Pedro, al cual el Señor ha querido que sucediera como Obispo de Roma. Hoy yo en deseo deciros, el primero, que creo firmemente en Jesucristo Nuestro Señor. Sí, yo creo y hago más las palabras del Apóstol Pablo: "La vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí" (*Gal 2,20*).

Recuerdo cómo desde niño, en mi familia, aprendí a rezar y a fiarme de Dios. Recuerdo el ambiente de la parroquia, San Estanislao de Kostka, que yo frecuentaba en Debniki, Cracovia, dirigida por los padres Salesianos, de los cuales recibí la formación fundamental para la vida cristiana. Tampoco puedo olvidar la experiencia de la guerra y los años de trabajo en una fábrica. La maduración definitiva de mi vocación sacerdotal surgió en el período de la segunda guerra mundial, durante la ocupación de Polonia. La tragedia de la guerra dio al proceso de maduración de mi opción de vida un matiz particular. En ese contexto se me manifestaba una luz cada vez más clara: el Señor quiere que yo sea sacerdote. Recuerdo conmovido ese momento de mi vida cuando, en la mañana del uno de noviembre de 1946, recibí la ordenación sacerdotal.

Mi *Credo* continúa con mi actual servicio a la Iglesia. Cuando, el 16 de octubre de 1978, después de ser elegido para la Sede de Pedro, se me dirigió la pregunta: "¿Aceptas?", respondí: "Obedeciendo en la fe a Cristo, mi Señor, confiando en la Madre de Cristo y de la Iglesia, a pesar de las grandes dificultades, acepto" (*Redemptor hominis*, 2). Desde entonces trato de desempeñar mi misión encontrando cada día la luz y fuerza en la fe que me une a Cristo.

Pero mi fe, como la de Pedro y como la de cada uno de vosotros, no es sólo obra mía, adhesión mía a la verdad de Cristo y de la Iglesia. La fe es esencialmente y ante todo obra del Espíritu Santo, don de su gracia. El Señor me concede, como también hace con vosotros, su Espíritu que nos hace decir "Creo", sirviéndose también de nosotros para dar testimonio de Él por todos los lugares de la tierra.

5. Queridos amigos, ¿por qué al comenzar vuestro Jubileo he querido ofreceros este testimonio personal? Lo he hecho para aclarar que el camino de la fe pasa a través de todo lo que vivimos. Dios actúa en las circunstancias concretas y personales de cada uno de nosotros: a través de ellas, a veces de manera verdaderamente misteriosa, se presenta a nosotros la Palabra "hecha carne", que vino a habitar entre nosotros.

Queridos jóvenes, no permitáis que el tiempo que el Señor os concede transcurra como si todo fuese casualidad. San Juan nos ha dicho que todo ha sido hecho en Cristo. Por tanto, creed intensamente en Él. Él guía la historia de cada persona y la de la humanidad. Ciertamente Cristo respeta nuestra libertad, pero en todas las circunstancias gozosas o amargas de la vida, no cesa de pedirnos que creamos en Él, en su Palabra, en la realidad de la Iglesia, en la vida eterna.

Así pues, no penséis nunca que sois desconocidos a sus ojos, como simples números de una masa anónima. Cada uno de vosotros es precioso para Cristo, Él os conoce personalmente y os ama tiernamente, incluso cuando uno no se da cuenta de ello.

6. Queridos amigos, proyectados con todo el ardor de vuestra juventud hacia el tercer milenio, vivid intensamente la oportunidad que os ofrece la Jornada Mundial de la Juventud en esta Iglesia de Roma, que hoy más que nunca es vuestra Iglesia. Dejaos modelar por el Espíritu Santo. Haced la experiencia de la oración, dejando que el Espíritu hable a vuestro corazón. Orar significa dedicar un poco del propio tiempo a Cristo, confiarse a Él, permanecer en silenciosa escucha de su Palabra y hacerla resonar en el corazón.

En estos días, como si fuera una gran semana de Ejercicios Espirituales, buscad momentos de silencio, de oración, de recogimiento. Pedid al Espíritu Santo que ilumine vuestra mente, suplicadle el don de una fe viva que dé para siempre un sentido a vuestra vida, centrándola en Jesús, la Palabra hecha carne.

Que María Santísima, que engendró a Cristo por obra del Espíritu Santo, María Salus Populi Romani y Madre de todos los pueblos; que los santos Pedro y Pablo y todos los demás Santos y Mártires de esta Iglesia y de vuestras Iglesias os acompañen en vuestro camino.